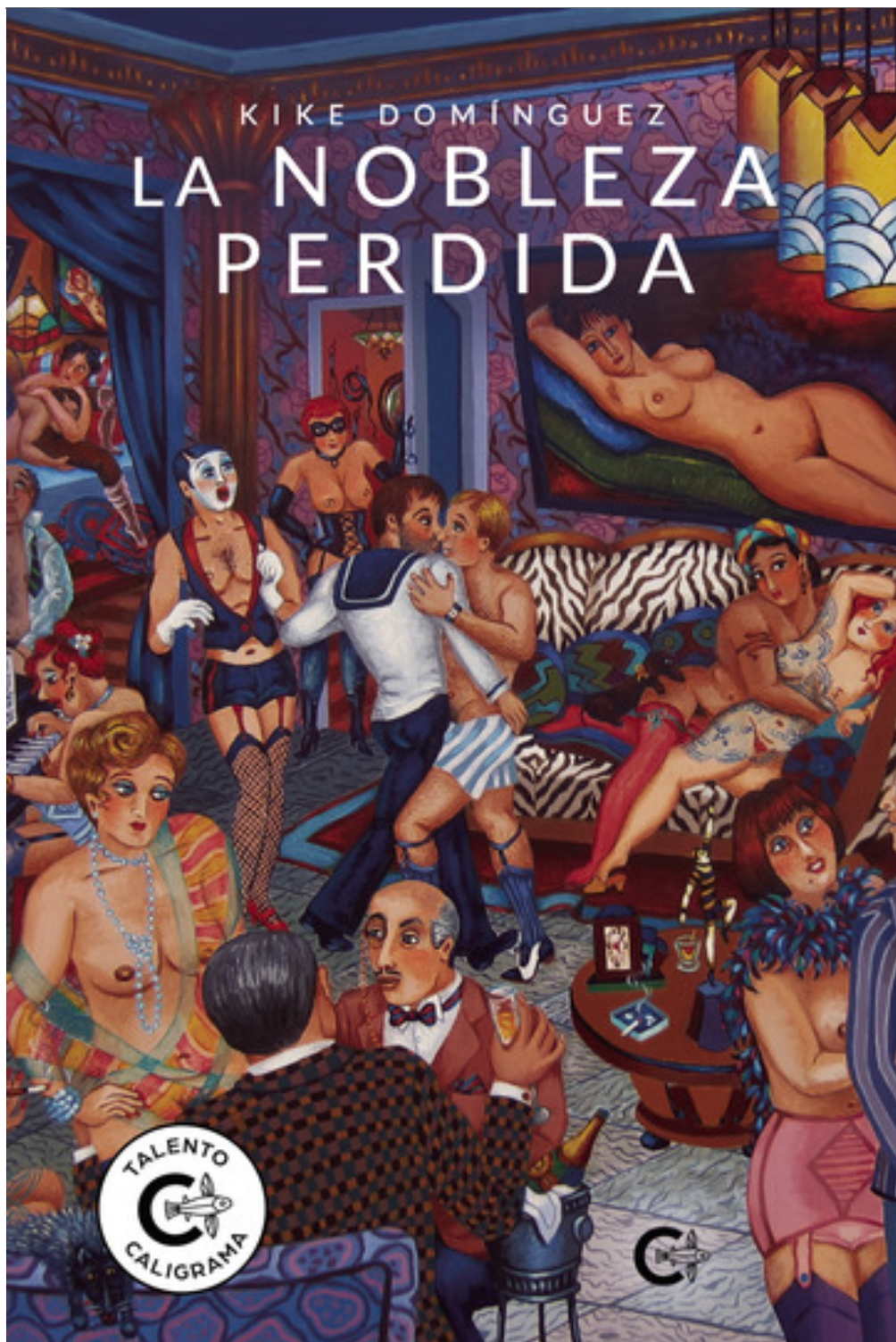


KIKE DOMÍNGUEZ

LA NOBLEZA PERDIDA



Nota del autor

Este libro está inspirado en la obra del artista Víctor René Lucaveche Moreno (1942), más conocido por todos como Tito Lucaveche. Lo primero de todo es pedirle perdón a él por haberme visto obligado a matarlo dentro de la novela. Tenía que justificar ciertos aspectos de la trama y no tuve más remedio que hacerlo. Gracias a la vida, el maestro sigue vivo y rebosante de salud, lo cual le permite seguir pintando cada día. Expone en diferentes galerías de Europa y sigue participando en diversos salones de arte naíf. Él mejor que nadie es consciente de la admiración que le profeso y del respeto y el cariño enorme que siento hacia su persona y hacia su dedicación.

Todos los personajes y sucesos son inventados y en nada se relacionan con su vida ni con su círculo de amistades.

Los títulos de las obras sí son fiel reflejo de algunas de las que pintó y que permanecen conservadas en museos y colecciones privadas de todo el mundo.

La historia que se describe, por lo tanto, es una mera invención creada únicamente para interesar y distraer al lector.

«Tito Lucaveche ama el tumulto, la historia contemporánea y el poético equívoco. En sus obras late una artística impiedad y el más sutil e inaprensible aviso del amor que corre el riesgo de ser pisoteado».

CAMILO JOSÉ CELA, premio Nobel de Literatura

ACTO PRIMERO

Día de San Metodio Obispo. Patrono de Europa
Sacristía de la catedral de San Lorenzo
Lugano, Suiza

El día del nombramiento está cada vez más cerca. Las dos últimas semanas no ha podido pensar en otra cosa. La envidia lo está devorando por dentro. Desde que ha descubierto que no está en la lista de los próximos cardenales, se pasa los días pensando cómo puede evitar el desastre. Ha investigado todos los nombres de los afortunados y por fin ha dado con uno que le puede servir. Es el nuevo arzobispo de la diócesis de Lugano, su sucesor. Aún conserva las llaves de los lugares estratégicos, así que, sin pensarlo mucho, se pone en marcha.

Una vez allí, tiene poco tiempo para llevar a cabo su cometido. Entra y echa la llave por dentro. Le tiemblan las manos, que están encarnecidas por el estrés. Algunas de las vesículas todavía no se le han abierto y le producen una intensa picazón. Casi no le quedan uñas. Mientras se mueve con prisa por la habitación, puede escuchar con claridad el tictac de su reloj repicando con

insistencia cerca de sus tímpanos y los latidos de su corazón palpitando como maliciosas señales o avisos para que no se distraiga. Lleva varios días sin dormir. Debajo de sus ojos se han formado unas pequeñas playas del color del carbón. Ancla los postigos de las ventanas y enciende la luz, a sabiendas de lo que arriesga. No se distrae, toma todas las precauciones necesarias.

Cuando se da cuenta, todo su cuerpo está bañado en sudor. Se siente inquieto. Las puertas del gran armario no han sido fijadas del todo y eso le facilita el trabajo. El olor a naftalina se apodera rápidamente de él. Por suerte, no halla inconveniente en su obstinación, la numeración de la caja de caudales sigue siendo la misma, nadie la ha cambiado, y logra abrirla sin ningún problema. Saca el lote de objetos y documentos que encuentra en su interior poseído por una extraña premonición. En el pequeño conjunto hay una carpeta verde, diferente a las demás, que llama poderosamente su atención. No sabe lo que va a encontrar, pero sí intuye que puede ser importante. Procura tener cuidado con la piel inflamada de sus dedos. Extrae unos dibujos, algunos recortes de periódicos, y, un plano antiguo amarillento por el paso de los años. Lo observa todo con esmerado interés, tratando de comprender lo que pueden significar. Mira el reloj. Toma algunas fotografías con su pequeña cámara fotográfica y, después, nervioso, cierra la carpeta. Entonces, clava su mirada en la etiqueta que está pegada en el dorso. «Confidencial». La extraña providencia ha hecho que se encuentre con señales que pueden cambiar su destino. Se siente fatigado. Traga saliva y respira con dificultad. La eucaristía está llegando a su fin. No le queda mucho, tiene que salir de allí cuando antes o todo habrá terminado para él. Introduce las cosas en el arca de seguridad y asegura de nuevo su visibilidad tras las casullas y roquetes, tras las estolas y mucetas, logrando que no se advierta la manipulación. Una de las ampollas se le ha fisurado y ha comenzado a soltar un líquido pegajoso. Se

acerca a las ventanas. Descorre otra vez los visillos y cortinas, abre las hojas y deja que entre la luz. Corre hacia la puerta de la habitación. Los cánticos que le llegan del coro se apoderan del espacio.

Abandona la catedral sin ser visto. Ha vivido muchos años en esa diócesis y le duele dejarla atrás. Sabe que ya no volverá a pisarla nunca más. Tiene que llegar a la iglesia Santa María degli Angeli a pie, antes de que llegue el coche que le llevará hasta el Vaticano. No debe demorarse. La distancia es corta, pero el esfuerzo es grande. Se apresura mientras trata de protegerse el rostro con las alas del sombrero. El frío es hiriente y demoledor para su piel. Enero es el mes más frío del año y las temperaturas están por debajo de los cero grados.

Mientras camina, piensa en los hallazgos que acaba de conseguir con cierto grado de satisfacción y esperanza. Está claro que tiene que haber alguna conexión entre ellos. La orilla del lago está cada vez más cerca. Las siete horas de viaje que le esperan para llegar a Roma le servirán para seguir meditando sobre ello. Desde luego, son las únicas llaves que tiene para convertirse en cardenal.



Llegó a la casa de campo que poseía la marquesa en Monda, al sur de la península ibérica, con la misma impuntualidad de costumbre, indiferente a cualquier tipo de comentario que pudiera estar suscitándose durante su demora. Antes de detener su cabriolé rojo frente al antiguo portón de cerezo labrado, pensó en la cara de su anfitriona durante unos segundos, la cual odiaba que se aparcara en ese lugar de la casa, y, aun así, sin ninguna sorna, se aventuró a seguir adelante con su osadía. El vizconde don Perfecto era un hombre convencido de merecer ciertos privilegios.

Cuando se bajó del automóvil, llovía a cántaros. El aroma de su exótico perfume se mezcló primorosamente con el del agua de la lluvia. Eso hizo que se pusiera a temblar, no quería perder la esencia de su aroma, una mezcla delicada a partir de diferentes tipos de inciensos y una embriagadora madera oriental. A su paso, iba dejando una huella que no se le escapaba ni siquiera al viento, que azotaba la víspera de ese duro día invernal. No debió dar más de media docena de pasos para plantarse debajo del zaguán principal. A pesar de ello, el agua ya empapó su cabello rizado de color azabache y caló por completo la gabardina de ante color marrón que llevaba ese día, y que ni siquiera se había querido quitar para

conducir desde su trabajo en el campo de Gibraltar hasta el rural emplazamiento donde se ubicaba la finca.

Antes de que llegara a tocar la aldaba de bronce, el ama de llaves abrió de golpe una de las hojas de madera.

—Buenas noches, señor vizconde —dijo cautivada como tantas otras veces por el color ámbar de sus ojos.

—Buenas noches, Jacoba. ¿Ya llegaron todos? —preguntó él de manera retórica.

—Sí, señor, hace tiempo que le esperan. La madre de la marquesa está hoy de un humor de perros, así que no espere grandes halagos de su parte.

—Tranquila, me haré con ella en menos de un minuto.

—Usted es el único que logra cambiarle el ánimo a esa mujer —soltó la empleada ruborizándose, al mismo tiempo que lo ayudaba a desprenderse del abrigo empapado—. ¡Ay, señor! No se mueva, ahora mismo le busco algo para secarse.

El vizconde no quiso detenerse a esperar y abandonó el vestíbulo con pasos largos y despreocupados, mientras ella hacía un inútil esfuerzo para que la prenda no goteara demasiado sobre la antigua alfombra persa que decoraba el generoso recibidor.

Cuando hizo su aparición en el gran salón, aún con el pelo mojado de forma sugerente y la piel repleta de gotas, consiguió que todos los presentes mostraran su expectación al verlo. Llevaba un traje de franela gris marengo hecho a medida, ajustado perfectamente al contorno de su cuerpo. Ese día no había querido ponerse corbata por la informalidad del encuentro. Tan solo había rematado el conjunto con un pañuelo de seda color marrón que armonizaba a la perfección con sus ojos; el sutil trozo de tela estaba doblado de manera impecable en el bolsillo de su traje. Su aspecto era el de un auténtico dandi.

Despertó el deseo de todos nada más entrar, hasta el de doña Gracia, la madre de la marquesa, que a pesar de su edad y de sus

malas pulgas, tampoco pudo resistirse a sus encantos. Su retraso no tardaría en ser olvidado. Lo primero que hizo fue acercarse a las butacas de piel de cebra que estaban situadas enfrente de la gran chimenea revestida de piedra. Había elegido, por rango de edad, a quien creía merecedora de ser la primera en recibir sus excusas, así que, sin pensarlo, se plantó delante de ella con gallardía mientras todos los ojos lo seguían acompasados.

—Buenas noches, doña Gracia. ¡Está usted tan radiante como siempre! Hoy va a tener que permitir que me sienta a su lado durante la cena. Y no quiero ningún tipo de excusa —rogó el apuesto caballero reclamando su aquiescencia, y se dispuso a besar su mano con suavidad.

—¡Es usted incorregible, vizconde! Siempre haciéndose notar. Por si no se ha dado cuenta, llega con más de cuarenta minutos de retraso —lo interrumpió la hija de la anciana señora—. Lo que resulta muy poco cortés viniendo de su parte, todo hay que decirlo.

—Lo siento muchísimo, doña Librada —respondió él intentando ser lo más amable posible, y obviando el tratamiento de respeto con el que debía dirigirse a ella según el protocolo—. Déjeme que le exprese mis más sinceras disculpas —añadió después, apacible—. Precisamente hoy sufrí una auditoría larguísima en el laboratorio y no me dejaron escapar antes. Puedo asegurarle que no tuve ocasión, ni siquiera, para ir a mi casa a tomar una ducha y cambiarme de ropa. Salí hacia aquí tan rápido como me fue posible —explayaba su falacia con desparpajo ante la atónita mirada de la mujer, que no podía ser más consciente del embuste que le estaba soltando en plena cara, y remató, ufano—: Además, una persona como usted no se merecería jamás ese tipo de trato. Le prometo que me esmeraré en buscar el modo de recompensarla. Quédese tranquila.

—No sea cínico conmigo, hágame el favor.

—Aquí tiene algo para secarse, señor —les interrumpió la empleada, entregándole un pequeño tejido de lino doblado con cuidado.

—Muchas gracias, Jacoba —contestó él, mientras se acariciaba la frente con el delicado paño—. Es usted muy atenta, como siempre. Lejos de abusar un poco más de su complacencia, ¿sería tan amable de traerme algo para beber?

—¿Qué se le antoja, señor?

—Una copa de champán estaría muy bien. Necesito calmar un poco los nervios del viaje. —Después, dirigiéndose de nuevo hacia la marquesa, que lo observaba obnubilada, continuó con su escueto soliloquio—: El trayecto me ha dejado extenuado. Nunca me había visto azotado por un temporal tan desagradable. Por cierto, esta casa es una verdadera maravilla. Y usted, mi querida amiga, ha logrado, además, sacar un partido fantástico de ella. Siempre que vengo me siento magnetizado.

—Déjese de naderías y cumplidos conmigo, vizconde. Ha dicho que se esmeraría por compensarme, ¿verdad? Pues le aseguro que no se irá de aquí esta noche sin que yo le diga cómo puede hacerlo —le soltó ella, altiva.

Don Perfecto trató de contener la curiosidad. Conocía de sobra a aquella mujer y sabía muy bien que sería capaz de usar cualquier tejemaneje con tal de sacar provecho de la situación. Lo que nunca imaginó es que se decidiera a hacerlo tan rápido. «¿Qué se le estará ocurriendo?», pensó, pero dijo:

—Ya sabe que, si está en mi mano, podrá contar conmigo cuando llegue el momento. Ahora, si lo permite, me gustaría disculparme ante el resto de los invitados.

—Vaya y no se demore mucho, porque la cena se servirá enseguida —lo avivó doña Librada sin apartar sus ojos de él.

II

Aquella noche, solo los miembros más selectos de la aristocracia marbellí habían sido invitados al banquete. Entre ellos estaba el duque don Guillermo, que se encontraba de vacaciones en la Costa del Sol, y por el que el vizconde sentía verdadera atracción desde hacía ya algún tiempo.

No tardó mucho en divisarlo en la parte oeste de la recargada sala, conversando risueño con aquella pareja de casi ancianos que le caía tan bien, el conde don Borja y su esposo don Silvestre. Los tres contemplaban embelesados la última obra de arte que la marquesa había adquirido en la gran subasta celebrada en Nueva York.

El vizconde deseó llegar con urgencia hasta ellos, pero no pudo hacer nada por evitar toparse con la barrera de algunos miembros de la alcurnia que no estaban dispuestos a dejarlo pasar sin la correspondiente exculpación por su tardanza. A la que más trabajo le costó quitarse de encima fue a la condesa doña Flora, que intentaba transportarlo, parlanchina, de un tema a otro con facilidad.

—Prométame que vendrá un día a cenar ahora que mi hija Epifania se encuentra con nosotros en casa. Estoy segura de que se pondría contentísima si pudiera conversar un rato con usted después de tanto tiempo.

—Será un placer, doña Flora —le contestó él, a sabiendas de que nunca acudiría a semejante invitación—. Solo tendrán que llamarme con unos días de antelación y le prometo que buscaré por todos los medios la manera de asistir. Transmita a su hija mi más caluroso saludo mientras tanto.

—¡Le queda maravilloso ese traje, ilustrísimo! —agregó ella tratando de que no se alejara—. Siempre ha tenido usted un gusto impecable para vestirse. Déjeme decirle...

—No se tome a mal que la interrumpa —don Perfecto no le dejó terminar la frase—, pero estoy loco por ver la última pieza que ha comprado la marquesa. Después intentaremos hablar de nuevo con más tranquilidad, ¿sí? —dijo, rozagante, mientras se alejaba de ella con toda la premura posible.

—Todos nos hemos sentido impresionados al verla —trató de responderle la mujer cuando ya era demasiado tarde—. ¿Ha visto eso, vizcondesa? —Se giró hacia su acompañante—. ¡Me ha dejado con la palabra en la boca! ¡Qué barbaridad!

—Eso le pasa por darle tanto protagonismo. Yo, por mi parte, prefiero guardar un poco la distancia, y más con ese tipo de personas. ¿No ha oído usted los chismes que corren de boca en boca tras conocerse lo de su declarada homosexualidad? En mi casa, la noticia se recibió como un escándalo —confesó sin miramientos ni tapujos la vizcondesa doña Agripina—. Mis hijos no daban crédito al enterarse. ¿Puede imaginar lo que hubiera sufrido su anciana madre de no haber fallecido el año pasado a causa de esa terrible enfermedad? Dios nos libre de vivir algo parecido en nuestras familias.

—Pues yo, si quiere que le diga la verdad —dijo la mujer con conmisericordia—, tengo la esperanza de que pueda reconvertirse. Un hombre con esa facha y que ha heredado tamaña fortuna —añadía sin dejar de soñar— es precisamente lo que yo busco

y quiero para mi hija Epifania. ¿No observa cómo despierta las miradas de todos? —le preguntó acercándose y entre dientes.

—¿Reconvertirse?! ¿Pero qué está diciendo, calamidad? —le cuestionó de manera ominosa—. Mi hijo Benigno sería mucho mejor partido para su hija Epifania, antes que ese mequetrefe de don Perfecto —dijo la mujer, haciendo énfasis en el nombre y tratando de menospreciar al apuesto galán sin ningún tipo de reparo.

Mientras tanto, el vizconde ya había traspasado con alharacas la intimidación que cosechaban los tres hombres. Don Silvestre, el esposo del conde don Borja, no pudo reprimir la risa al verlo llegar espantado, como si estuviera huyendo de un enjambre de avispas.

—¿Qué le ocurre, vizconde? Parece que hubiera visto usted al mismísimo diablo.

—Esas víboras querían apoderarse de mí —contestó él, chusco, con una taimada sonrisa asomando entre sus labios.

—¿Qué exagerado! —apuntó don Borja soltando una sonora carcajada—. Seguro que no era para tanto, hombre. Pensábamos que ya no vendría —añadió después, tratando de buscar la correspondiente excusa hacia ellos.

—Tienen que disculparme, tuve un día horrible —repitió como a los otros comensales—. Además, con este temporal no he querido presionar a los caballos porque hubiera sido toda una temeridad por mi parte —agregó a continuación, mirando a los ojos del duque don Guillermo—. Ya conocen la cantidad de curvas que pueblan esta carretera y la tormenta que nos azota.

—Bueno, en eso no tenemos más remedio que darle la razón, pero gracias a Dios pudo llegar sin problemas, ¿no? Ahora, ¡mire la joya que ha colgado la marquesa en esta pared! —soltó maravillado el conde mientras apuntaba con solemnidad hacia la importante pieza.

—¡Menuda obra! —exclamó entusiasmado—. ¿Cuánto habrá pagado por ella esta condenada?

—No diga que nosotros se lo dijimos, pero según nos ha comentado hace tan solo unos minutos, parece ser que algo más de tres millones de dólares —siseó don Silvestre para que nadie pudiera oírle.

—¡¿Tanto?! Resulta extraño que en la prensa no se haya mencionado nada al respecto. He leído varios artículos, pero solo se hablaba de la adquisición de la obra sin mucho detalle. Estaba loco por verla, si quieren que les diga la verdad. Cuando me llamó para invitarme a la cena y me dijo que la había colgado aquí en la finca de Monda, me quedé helado. ¡Es un cuadro genial!, eso sin dudas —prosiguió fascinado.

—*El burdel de Modigliani*¹ —puntualizó el duque don Guillermo sin quitarle los ojos de encima al prístino lienzo—. Uno de los mejores prostíbulos de toda la trayectoria de nuestro amigo. En mi opinión, nadie ha logrado nunca plasmar este tipo de escenas con la elegancia y la picaresca con la que lo hacía Luca-veche —dijo recordando al pintor por su apellido, como siempre solía hacer cuando quería referirse a él—. No sé si recuerda... ¿*Las señoritas de Avignon*?² —preguntó intentando hacer un poco de memoria—. Aunque creo que este es todavía mejor.

—Sí, eso pienso —ponderó el vizconde maravillado, recorriendo con esmero cada detalle de la pintura—. Y el más picante de todos, diría yo también.

—Como casi siempre en sus prostíbulos, no faltan la pianista, la *madame*, una mujer de color, los señores de alta sociedad..., incluso el marinero. Hay más personajes que en el que usted se refería, ¿no cree? —preguntó don Borja dirigiéndose al duque.

—Sí, creo que lleva razón. Tiene una excelente memoria, mi querido amigo. En el plano central tenemos una obra fantástica de Modigliani, como no podía ser de otra forma teniendo